

incluían dos colonias continentales, la Guyana Británica (hoy Guyana) y Honduras Británica (hoy Belice). Los escritores de ambos territorios son considerados asimismo de las Indias Occidentales, pues comparten con sus colegas de las islas una historia común tanto lingüística como colonial. El fin del dominio colonial británico en la mitad del siglo XX afectó a la producción cultural en toda la región, si bien cada área concreta produjo su particular respuesta. Pero mucho tiempo antes la cultura popular de la región ya había enraizado. Los esclavos africanos trajeron consigo una gran variedad de mitos tradicionales, canciones y creencias religiosas que transmitieron a sus hijos, que a su vez incorporaron a esta herencia algunos rasgos de la cultura europea que encontraron. La adaptabilidad de la tradición popular aseguró su supervivencia y todavía hoy está presente en algunos ritos asociados a prácticas religiosas como la Pocomanía en Jamaica o el Shango en Trinidad, así como en las bandas de percusión y carnavales del sur del Caribe. Desde una perspectiva literaria este mismo hecho tiene su equivalente en las lenguas criollas que evolucionaron como consecuencia del contacto entre africanos y europeos. Dos de los más importantes son el *patois* francés, hablado en las islas del este ganadas por los británicos a los franceses y el criollo jamaicano basado en el inglés y en varios aspectos de las lenguas del oeste de África. En este sentido Jean Rhys se identificó en su infancia, e incluso a lo largo de toda su vida con la comunidad negra, si bien se dio cuenta de que ese mundo representado por su niñera, Meta, no se podía conciliar con ella. Envidiaba a la comunidad negra por su vitalidad su riqueza y esplendor en contraste con lo estéril del mundo de los blancos. Un tema que aparece en sus obras a través de la amistad de algunos de sus personajes, como sucede en el caso de *Tia y Christophine* en *Ancho Mar de los Sargazos*, y *Anna Morgan* en *Viaje a la oscuridad*, quien intenta encontrar una amiga entre la comunidad negra.

Las identidades se convierten en esta zona de Caribe y en esta época en un verdadero problema, debido a los prejuicios de clase y pertenencia, y a una sociedad rígida y, en líneas generales, bastante impermeable a influencias exteriores como lo era la británica. La población europea de las Indias Occidentales se resistió siempre a identificarse como de las Indias Occidentales. Muchos

llegaron como colonos temporales, para gestionar haciendas o para obtener rápidos beneficios como piratas. Unos pocos formaron parte de fallidas plantillas de trabajadores. En su novela *One touch of nature* (1971), Lionel Hutchinson, describe el destino de esos campesinos conocidos en Barbados como los «piernas rojas». Al contrario de sus colegas establecidos en Norteamérica, los europeos que se establecieron en las colonias de las islas permanecieron muy vinculados a la madre patria, especialmente después de 1938, cuando distintos procesos de emancipación crearon una situación en la que el término India Occidental, mezcló a los criollos y blancos con los ex esclavos. Jean Rhys, de nuevo en *Ancho mar de los Sargazos* (1966), explora la neurosis que esta confusión produjo en la población criolla. Tras la emancipación, cuando se llevaron trabajadores blancos como alternativa a la mano de obra africana, estos mismos trataron de disociarse inmediatamente de las masas negras. *Pitch Lake* (1934), la primera novela de Alfred Mendes, autor nacido en Trinidad de ascendencia portuguesa, narra la vida de un hijo de emigrante portugués en Trinidad, cuyos esfuerzos por rechazar y separarse de las masas le llevan incluso a cometer asesinato.

Aunque en la mayor parte de las colonias británicas de las Indias Occidentales la población blanca era una minoría, su poder económico y social les colocó al frente del movimiento literario durante las primeras etapas de su historia. Con el cambio de siglo, por ejemplo, fue posible para Thomas MacDermot, jamaicano blanco, cautivar la imaginación de sus compatriotas de todas las razas con sus versos patrióticos. *All Jamaica Library* fue uno de los primeros intentos de crear una tradición literaria local. Hoy en día los blancos de las Indias Occidentales son una minoría mucho menos poderosa e influyente y con una ascendencia tan ambigua como la de los descendientes de africanos. Muchos han abandonado la región o se han refugiado en actitudes racialmente defensivas desde las cuales es cada vez más difícil escribir, si bien algunos continúan activos en el teatro y en las artes visuales. Aquellos que publicaron provenían normalmente de pequeñas islas o de zonas agrícolas donde su status no se vio comprometido hasta muy recientemente: Ian McDonald de la zona rural de Trinidad, Phyllis Allfrey y Jean Rhys de Dominica, y Geoffrey Drayton de

Scott, de Barbados autor de la saga criolla *Witchbroom* (1992) y Honor Ford-Smith, de Jamaica, cuyas colaboraciones con los trabajadores miembros del Sistren Theatre Collective, creó *Lionheart Gal: Life Stories of Jamaican Women* (1986). Todos ellos se enfrentaron a una constante lucha por definirse como escritores de las Indias Occidentales sin negar su pertenencia a la cultura afro-caribeña.

Las primeras décadas del siglo XX fueron momentos de severas crisis económicas en las Indias Occidentales. Una nefasta combinación de huracanes y sequías causaron estragos en la industria del azúcar provocando una fuerte pérdida de su competitividad en el mercado mundial. A pesar de los altos índices de desempleo, los propietarios de las plantaciones en Guyana, Jamaica y Trinidad importaron mano de obra de India, a menudo a cargo de las arcas públicas, en lugar de reorganizar el sector para favorecer una mejora en las condiciones de vida de los trabajadores locales. La depresión económica de las áreas rurales, produjo una corriente de migración hacia las ciudades. La heroína del jamaicano H.G. de Lisser en su novela *Jane's Career* (1914), era una de esas miles de mujeres jóvenes que fueron a las ciudades en busca de empleo doméstico. No todas como Jane lograron sus objetivos, y muchas de ellas terminaron prostituyéndose y viviendo en escuálidas chabolas. Esta migración del campo a la ciudad se convirtió en un tema recurrente en la obra de muchos autores de las Indias. A menudo esta partida del campo se interpreta como una pérdida espiritual, como le sucede a las jamaicanas Lindsay Barret en su obra *Song for Mumu* (1967), o a Erna Brodber en *Myal* (1988).

Dos hechos concretos tuvieron una influencia decisiva en la evolución social de las islas del Caribe a principios del siglo XX: la construcción del canal de Panamá y el reclutamiento de soldados durante la Primera Guerra Mundial. Ambos produjeron movimientos migratorios muy importantes y sobre todo un cambio de conciencia y de visión respecto a las relaciones con la metrópoli. En el caso de la migración dirigida a Panamá, supuso para muchos trabajadores de las Indias Occidentales su primera experiencia y confrontación entre trabajo y capital en un entorno industrial moderno. Les puso además en contacto con la versión

norteamericana de los prejuicios raciales y al mismo tiempo con los ideales republicanos de América. Toda una contradicción. Algo parecido sucedió con quienes se establecieron en los EEUU y que transmitieron de forma indirecta una visión distinta, moderna del mundo. Las obras del jamaicano Claude McKay, entre las que destaca *Harlem Shadows* (1922), una de las primeras obras afroamericanas publicadas por una gran editorial de difusión nacional en EEUU, y su compromiso con el movimiento del *Harlem Renaissance* fueron bien acogidas en su isla natal. Al igual que sus textos, la música que llegaba del barrio negro newyorkino tuvo un impacto decisivo en Jamaica. El jazz, el ska, el rocksteady, antecedieron al reggae, que pronto se convirtió en una verdadera seña de identidad del pueblo jamaicano, de sus aspiraciones y de su cosmovisión. Por su parte, muchos antiguos trabajadores del canal de regreso a casa ejercieron una influencia decisiva en sus respectivas sociedades. Los miembros del sindicato BITU (Bustamante Industrial Trade Union), creado por quien sería después primer ministro jamaicano Sir Alexander Bustamante, eran todos hombres que recibieron su bautismo laboral en Panamá. En Barbados y otros lugares el dinero de Panamá sirvió para educar a las nuevas generaciones. Claude McKay en su novela *Banana Bottom* (1933) o H.G. de Lisser en *Susan Proudleigh* (1915) trataron el fenómeno del regreso de los trabajadores del canal y el efecto que causaron en las aspiraciones de sus amigos y enemigos una vez de vuelta en casa. Sus atuendos y joyas sólo eran los símbolos obvios de una nueva demanda entre la población: el derecho de acceso a productos considerados de lujo, el derecho de representación política y las oportunidades en educación.

Sin embargo la Primera Guerra Mundial produjo efectos bien distintos. Miles de alistados fueron llevados lejos de sus lugares de origen. Tenían la impresión de formar parte del ejército británico y estaban dispuestos a defender al imperio al que debían lealtad. Sólo en Jamaica 10.000 hombres se presentaron voluntarios. Una vez en el campo de batalla se dieron cuenta de que, sin importar sus circunstancias, eran tratados como criados de inferior categoría a aquellos soldados que llegaban desde Australia o Nueva Zelanda. En un artículo publicado en 1932 en la revista *The Roya-*